

UNA VISION HUMANISTA DE LA MEDICINA

*Martha Lucía Chávez Piña**

Hoy por hoy está de moda hablar de la crisis. El vocablo, que tiene un sentido muy preciso, por cierto relacionado con la disciplina de la medicina dedicada al paciente encamado, la clínica, es usado muy frecuentemente con una gran arbitrariedad y, por que no decirlo, se utiliza cada vez más como un sustituto del análisis crítico. A la crisis se le atribuyen todos los males sin mayor razonamiento ni sustento lógico. Se ha convertido en la gran villana de nuestro tiempo.

Para los médicos la crisis es el momento que el estado de un paciente lo lleva a manifestar una situación extrema en los principales síntomas de la enfermedad que padece, y en esta acepción de la palabra la crisis puede ser positiva o negativa, puede ser signo de empeoramiento o de mejoría.

Las ciencias sociales y la política han tomado el vocablo para juzgar situaciones en las cuales las relaciones económicas, políticas o culturales que durante un tiempo fueron eficaces han dejado de serlo y la realidad impone la necesidad de un cambio. Bien sabemos que por la naturaleza del hombre, que se manifiesta en el desarrollo del conocimiento, de la producción y de la organización, el retorno no existe. El hombre avanza siempre, para bien o para mal, y no puede repetir sus experiencias del pasado.

Pero el problema de las ciencias sociales y la política al emplear el vocablo "crisis" es que no le dan un sentido específico, unívoco y claro. Para lograrlo tendrían que realizar un pro-

fundo análisis de las relaciones entre los hombres y las razones por las cuales ya no funcionan como antes. Ese análisis tiene altos grados de dificultad.

La autora no puede preciar de manejar las disciplinas sociales. Su profesión y actividad es otra: la enseñanza de la medicina. Pero como cualquier ciudadana de este país, no puede actuar con la responsabilidad de no poner a crítica lo que sucede en el ámbito social en el que se desenvuelve.

El sentido de responsabilidad obliga a buscar explicaciones a lo que acontece, aunque no sean muy técnicas, como una aportación a la comprensión de lo que afecta a tantos hombres y mujeres que, por no buscar el camino de la comprensión de las circunstancias, se paralizan o dejan arrastrar por una corriente social para ellos incontrolada. Por ser los profesionales de cualquier disciplina en México, los que tienen el privilegio del conocimiento y han superado sus niveles de cultura, están obligados a ponerla al servicio de los demás y en una primera instancia, a ejercer su capacidad racional para coadyuvar a que las situaciones sociales inconvenientes sean superadas. En esta ocasión se pretende comunicar las reflexiones surgidas de la convicción de que en medio de la crisis global la medicina también está en crisis en nuestro país, como en muchos otros, y los médicos tienen mucho que decir acerca de esa crisis y sus posibles soluciones.

Una hipótesis que sirve de guía para desarrollar el juicio racional de lo que acontece con la medicina permite, en un primer momento, tratar de clasificar la crisis de la medicina, calificarla y por lo tanto encontrar la categoría central

*Departamento de Educación Quirúrgica, Escuela Superior de Medicina, Instituto Politécnico Nacional.

para profundizar en ella. La hipótesis es la siguiente: la medicina en México experimenta una crisis de humanismo. La medicina se ha deshumanizado en gran medida y detrás de este proceso promueve la deshumanización de quien la ejerce: el médico o el profesional de la salud.

Para desarrollar esta hipótesis es necesario tener en claro dos cosas: que se entiende por humanismo y por que se considera que la medicina debe caracterizarse por su humanismo.

Desde la antigüedad, las diversas filosofías han girado alrededor de una polémica que a veces parece irreductible: ¿cuál es el centro del universo? ¿cuál es la razón de ser del hombre, único ser de la naturaleza que ha trascendido la sobrevivencia a través de la cultura, como forma de acumulación de las experiencias y su racionalización? ¿cuáles son los valores que deben regir la vida humana en relación con su circunstancia social, natural y universal o cósmica?

En la antigüedad, salvo los filósofos griegos que avanzaron un buen trecho, el centro del universo era teocrático. El dios creador y omnipotente no sólo había dispuesto la existencia de la vida y la inteligencia humana, también tenía todos los poderes necesarios para conducirla hacia un designio previamente especificado por él. Fue esta antigua visión teocéntrica la que dio lugar al surgimiento de las grandes religiones, de las profundas perspectivas filosóficas de orientación religiosa que aún persisten en el mundo.

El Renacimiento recuperó grandes valores desarrollados durante la etapa más brillante de la Grecia clásica y provocó la gran revolución del pensamiento. El centro del universo no es Dios, es el hombre. A partir del siglo XV se percibió con claridad que en la capacidad humana de acumular cultura, de transformar la naturaleza a partir de su conocimiento y de organizarse socialmente para ello en estados nacionales, estaba fincado el destino de la humanidad. Hay que recordar que sólo tres siglos antes, en el doceavo de nuestra era, el hombre había descubierto apenas la idea del progreso, del desarrollo, que antes se concebía a sí mismo como un fenómeno natural, cerrado y cíclico, dominado por Dios con un solo destino: otra vida desconocida pero ciertamente de gran felicidad o de gran desgracia como no se conocían en la tierra. Toda la ética, toda moral, giraba alrededor de la necesidad de adivinar esa voluntad divina, situación que las iglesias aprovechaban para definir la moral e imponerla. Entre el siglo XII y el XV, los siglos de la herejía y la Reforma protestante, el hom-

bre descubrió que no era así. Que tenía una gran capacidad para acumular bienes materiales e ideas espirituales y ponerlas en juego para su progreso.

Detrás de la idea del progreso, se impuso con una gran lentitud la noción de que el hombre es autónomo de Dios y que es el centro del universo. Este descubrimiento traería como consecuencia posterior el racionalismo y después el economismo y un conjunto de ideologías, las nuevas religiones que aún prevalecen.

El humanismo se impuso entonces como corriente filosófica básica con posterioridad al Renacimiento italiano: No es necesario insistir en la enorme importancia que tuvo como plataforma para el desarrollo de la ciencia y de la filosofía y como base del conocimiento en sustitución de la teología renacentista. Comenzó la era moderna.

Es bien sabido que la principal consecuencia social y política del humanismo fue la acelerada evolución de la monarquía a la república como forma del Estado o, en muchos casos, de la monarquía absolutista a la monarquía constitucional y democrática. Y se reconoce también la importancia que para ello tuvo el desarrollo del pensamiento liberal, ciertamente individualista, pero finalmente creador del estado de cosas que impera en occidente.

Pues bien, en este contexto, el humanismo es un conjunto de principios filosóficos que tienen al hombre como centro del universo, que son sustento de la ética que otorga a los derechos del hombre la mayor importancia y que, en colaboración con el derecho romano, dieron pie a las garantías individuales y a los derechos humanos de nuestro tiempo. Todo hombre tiene derecho al bienestar, a través de la salud, el trabajo, la remuneración justa de éste y el respeto a sus derechos ciudadanos.

No está demás recordar que fue esta corriente humanista del pensamiento la que dio fundamento a la ética profesional médica de la época contemporánea, que Hipócrates había prefigurado desde el pasado. Esto es importante porque en esta ética profesional se sintetizan todos los desarrollos del hombre posteriores al Renacimiento humanista: la ciencia, la técnica, el arte del ejercicio profesional como actividad jurídicamente reconocida. Dicha síntesis es en definitiva el ejercicio liberal de la profesión.

La esencia del ejercicio liberal de la profesión médica radicó en la relación personal e intensa entre el médico y el paciente. Si la salud

es el mayor valor de la vida, en tanto la otorga y la conserva, el cuidado de la salud se vuelve objetivo prioritario... cuando se tienen los medios para lograrlo.

La realidad del ejercicio liberal de la profesión es que se basa en una doble relación entre el médico y el paciente. Por un lado la relación de confianza: la certeza por parte del paciente de que el médico hará lo mejor que pueda para la salvaguarda de su salud. La otra relación es la de la correspondencia: el enfermo se convierte en la fuente de sobrevivencia del médico a través de la remuneración de su trabajo. Este tipo de relación es de suma importancia, en tanto es profundamente humana por su personalización. El enfermo es para el médico antes que nada, una persona con la cual se une en relación de confianza y que tiene un nombre y un apellido, una familia que se conoce y a veces se frecuenta. El médico es para el paciente antes que nada un amigo, un miembro de la comunidad con una función específica y clara, un consejero y más que nada, un ser humano que tiene claro en su conciencia que de él depende lo más valioso que se tiene: la vida.

Fue este tipo de ejercicio de la profesión, que se generalizó entre los siglos XVIII y XIX, el que se convirtió en prototipo de la época romántica de la medicina. Del que viene la imagen del médico sacrificado dispuesto a suspender sueño, alimento, diversión y placer, por atender la desgracia del necesitado. El médico de carretela que recorre caminos lodosos e inseguros en la búsqueda del auxilio al amigo, cliente y compañero de comunidad. Es más, es el tipo de demanda de atención médica que se mantiene en las pequeñas poblaciones rurales o semi-rurales de nuestra república. Pues bien, es el prototipo del médico humanista porque antes que nada tenía al hombre como objeto de su trabajo, del ejercicio de su responsabilidad y por qué no decirlo, de su prestigio.

Fue así que el médico se convirtió en muchas partes en el eje del desarrollo cultural de la sociedad y hasta llegó al ámbito de la política. Durante muchos años los médicos tuvieron el prestigio de ser al mismo tiempo, los conocedores, los líderes espirituales y hasta los líderes políticos. El prototipo del hombre culto y del humanista.

El siglo XX es el siglo de los derechos sociales. Como respuesta a los desastrosos resultados de un liberalismo de los siglos XVIII y XIX, durante el siglo que está por terminar se imponen

nuevas ideas que se sobreponen al humanismo, al liberalismo y al individualismo en el contexto político. Desde los socialismos utópicos hasta los científicos, la filosofía de nuestro tiempo ha cambiado de eje alrededor del cual gira. El centro del universo no es el hombre. El centro del universo es la sociedad y su institucionalidad.

México es país pionero en este terreno. Es orgullo de muchos mexicanos contar con la primera constitución política que hizo reconocimiento explícito y codificado de los derechos sociales, de la posibilidad de que el Estado se convirtiera en árbitro en una lucha de clases que durante el siglo pasado se convirtió en feroz. Hay detrás de esta idea un espíritu de tutelaridad del poder hacia el débil. El Estado ha de convertirse, diría la tesis política en boga, en la salvaguarda para el hombre reunido en sociedad y organizado por clases, para hacer efectivo su bienestar al que políticamente tiene derecho.

El siglo XX, del desarrollo científico y técnico, de la acelerada organización, del más brutal crecimiento demográfico de la historia, de la concentración del poder en el Estado frente a la sociedad, ve transcurrir con una velocidad inaudita un cambio social que a muchos desconcierta. Y este siglo tiene su filosofía. Podría resumirse en la filosofía de la seguridad.

El gran impacto materialista de las ideologías decimonónicas radica ahí. Si en el siglo XV se comenzó a sustituir a Dios como eje de la vida social, en el siglo XIX se pusieron las bases para que en el XX se eliminará definitivamente la perspectiva humana.

Esto significa que la otra vida sale de nuestra consideración filosófica. Lo importante es la existencia, dirían los filósofos existencialistas y personalistas de este tiempo. Y si es así, la importancia de la vida se multiplica. Sencillamente no tenemos otra y la actual hay que salvaguardarla. La forma de hacerlo es a través de la seguridad: seguridad del ingreso económico, seguridad en el empleo, seguridad de la jubilación, seguridad del bienestar; seguridad es el valor que hace girar alrededor de sí las decisiones del hombre contemporáneo.

Y en el siglo XX, detrás de la idea de la seguridad social surgen y se desarrollan con inusitada rapidez los sistemas de atención médica institucionalizada. Todo mundo tiene derecho a la salud como parte de su seguridad y el Estado está obligado a concederla. En México hasta se incorpora ese Derecho a la Salud en el capítulo de las garantías individuales de la Constitución

como un derecho ciudadano y por lo tanto como una responsabilidad tutelar del Estado.

En el eje de la institucionalización de la medicina en todos los niveles, desde la investigación médica y farmacológica hasta la organización de los sistemas de atención, se encuentra el establecimiento de una nueva forma de relación entre el médico y paciente. Esta nueva forma de relación es la que origina la crisis irresoluta del ejercicio de la medicina en nuestro país, simultánea y paralela a una crisis política de enormes dimensiones, en la cual el mismo Estado se tiene que repensar, porque evidentemente su crecimiento hipertrofiado lo hace ya incapaz hasta de sostenerse. En eso consiste la crisis financiera de México y la sensación de todo ciudadano de tener demasiado Estado encima de él.

Puede afirmarse que la crisis de la medicina es la crisis de su despersonalización. La razón que en el pasado acercaba al médico y al paciente ha desaparecido casi totalmente. En primer lugar, desaparece rápidamente la comunidad para dar lugar a la muchedumbre solitaria de las grandes ciudades, el médico deja de ser figura central en la vida comunitaria. En segundo lugar, el paciente ya no recurre al médico por su persona sino porque tiene el derecho consagrado de recibir una atención a través de las instituciones políticamente establecidas para ello. En tercer lugar, el médico ya no acude al paciente, el paciente acude a él. Y la motivación del médico ya no es la necesidad de ganarse una amistad y un prestigio adicionales a su remuneración sino la seguridad de un salario que, aunque a veces insuficiente, lleva detrás de sí toda la estela de la prestación que significa un asidero de seguridad para el futuro. En cuarto lugar, la especialización ha desfigurado la relación personalizada cuando el enfermo recurre al médico en su carácter de profesional liberal. En quinto lugar, las decisiones cruciales alrededor de la atención del enfermo recaen ya en una pesada burocracia que, con limitaciones financieras, establece todo un filtro irracional que evita al enfermo encontrar la atención que siente íntima y vitalmente necesaria. Así, las relaciones médico-paciente pre-valetientes en la época contemporánea son institucionales, no personales y por lo mismo se deshumanizan rápidamente.

El hombre deja de ser el centro de la filosofía y por lo tanto de la ética médica. El centro de su quehacer es el mantenimiento de la posición institucional que le da seguridad. Son más

importantes las relaciones políticas en el interior de la institución que un conjunto de pacientes anónimos y desconocidos cuyo futuro resulta intrascendente a veces, lamentablemente, su misma muerte. Hasta se da el fenómeno de falta de continuidad en la atención de un paciente por un rol de turnos y guardias que provoca acercamientos esporádicos y hasta irrelevantes.

¿En dónde radica la crisis? en el hecho de que este raudo y veloz cambio social no ha sido acompañado por la reflexión necesaria para que se genere una nueva ética profesional. Y la razón de ello radica en la ausencia de una profundización filosófica acerca de los fundamentos humanos de la medicina institucionalizada. En otras palabras, la carencia de una filosofía humanista de la medicina social. El profundo vacío provocado por dejar de ser el eje alrededor de cual gira la actividad médica para convertirse en un concepto abstracto: el Derecho Universal a la Salud.

Debe ser evidente que no se propone un regreso al pasado. Es seguro que al igual que ha pasado con todo lo acontecido en la historia, la medicina socializada es un fenómeno irreversible y, aún más que continuará su crecimiento en medio de la crisis, frente a la evidente comercialización como ideología y práctica de la llamada medicina privada. Recurrir hoy al ejercicio liberal de la profesión tiene un costo que sólo pagan los más privilegiados presupuestos familiares. Son indudables las bondades del derecho a la salud, de su trascendencia y hasta de que dependerá del gremio médico que esa utopía se convierta en realidad.

Ante esta situación se sustenta otro punto de vista. Estamos desconcertados y nos dejamos arrastrar por la inercia de una sociedad filosóficamente guiada por la seguridad y el provecho económico, por la carencia de reflexión humanista, o sea, del replanteamiento de las relaciones profundas de la profesión médica con el hombre, con el individuo humano, con toda su impronta, su personalidad, su irrepetibilidad, como centro del médico quehacer frente a la enfermedad y la prevención de la salud. Falta recuperar, no las formas del ejercicio de la profesión del pasado lo que no es posible, sino la visión humanista de la medicina y todas sus consecuencias.

No hay ética sin filosofía. Y lo que falta es la visión filosófica. Está por ser elaborada. La esperanza sería que en estas sesiones científicas de la Escuela Superior de Medicina se profundiza-

ra en este aspecto. El puro esfuerzo individual es insuficiente y además, la filosofía sigue siendo la ciencia del pensamiento.

Hace falta una filosofía en la cual el hombre vuelva a ser el centro de las preocupaciones del médico, aquellas con la fuerza suficiente para promover de nuevo en él valores humanistas y actitudes correspondientes, preocupaciones que lleven nuevamente a ver en la amistad y la relación personal con el paciente una riqueza incommensurable. Aquella que permita subordinar otra vez comodidad y placer ante la angustia vital del

ser en desgracia. Aquella que permita recuperar pacientes con nombre y apellido, y relaciones familiares valiosas y trascendentes.

Falta la filosofía que lleve al planteamiento de soluciones reales a los frecuentes desastres institucionales de la medicina socializada. Aquella que finalmente sea la base para comprender que el futuro de la medicina humana, que la visión humanista de esta profesión está en nuestras manos y no en la de los políticos que nos han lanzado a la aventura incierta de la despersonalización.